



BOSQUEJO HISTORICO-URBANISTICO DE LA CIUDAD DE PAMPLONA

Por Vicente Galbete, Catedrático de Geografía e Historia.
Archivero del Ayuntamiento de Pamplona

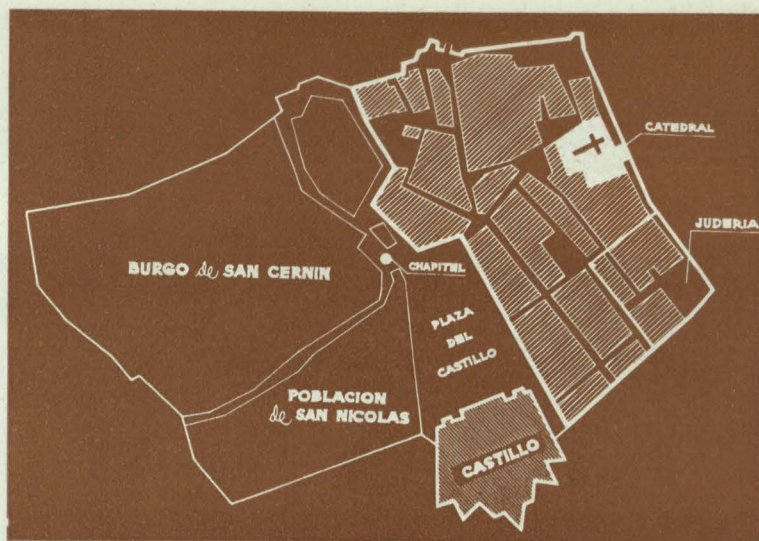
I

Origen de Pamplona.—Como el de muchas otras ciudades, hay que buscar el origen de Pamplona en una circunstancia geográfica. Se trataba simplemente en sus comienzos de un control de rutas, de una encrucijada de caminos. El paso del Valle del Ebro a la Depresión Vasca y al Mar Cantábrico resulta fácil siguiendo la ruta que cruza por Pamplona, igual que la comunicación del Alto Aragón con Alava y Castilla por el Canal de Berdún y el Boquete de Osquía o el desplazamiento de España a Francia, a través del Puerto de Ibañeta, al que los romanos bautizaron con el nombre de *Summun*

El balcón de Pamplona, antes sistema defensivo natural, hoy mirador inapreciable. Marca el ensanche de la ciudad por el lado opuesto, preservando con ello la riquísima vega. Bosque, río, huerta y, al fondo, la sierra. No es el mar. Pero garantizado por previsión municipal, con un paseo de ronda, constituye un sistema emotivo trascendental para la psicología del pueblo. No hay fachada, pero Pamplona, más que para enseñar de lejos, es para vivir dentro.

Pies de los grabados del arquitecto Rafael de Aburto

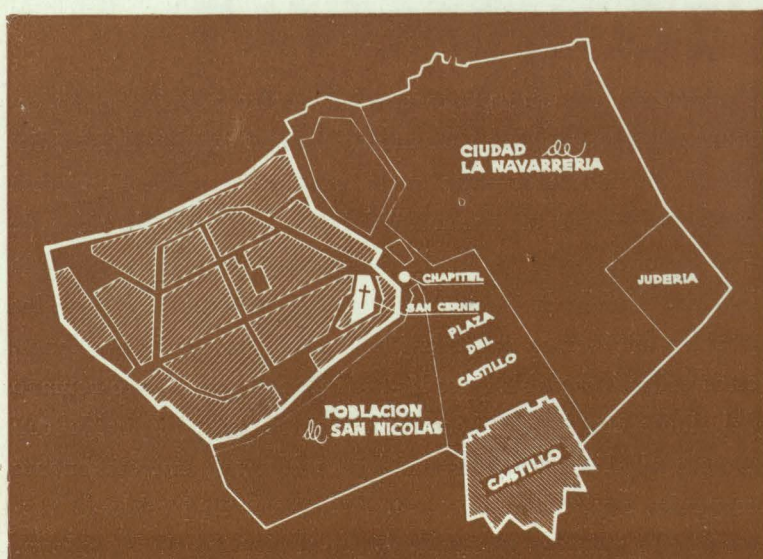
Pyrenaeum. En este punto crucial, centro neurálgico de comunicaciones naturales, en medio de una amplia llanura rodeada de montañas—que es la cuenca—y sobre la meseta contorneada por un meandro del río Arga, que le sirve de foso natural, hubo ya desde época muy remota un poblado ibérico. Cuando la influencia creciente de Roma hizo que los pueblos autónomos aceptasen la moneda en sus transacciones, estos primitivos pobladores las acuñaron del tipo íbero-romano del jinete con lanza y con una leyenda que, traducida con arreglo al alfabeto del señor Gómez Moreno, universalmente aceptado, equivale a *Bascunes*. Fué, pues, un pueblo de vascos el que primero se estableció en el término de Pamplona,



Ciudad de la Navarrería.

Una fase de la historia de la ciudad nos muestran estos gráficos de Pamplona, dividida en ciudad de la Navarrería, barrio de San Cernín y población de San Nicolás. La Navarrería ocupaba el recinto comprendido dentro de una línea que, partiendo del borde del terraplén sobre el Arga, pasaba al pie de la Cuesta de Palacio, ascendía hasta el Chapitel, cruzando la calle de Mercaderes, seguía luego la dirección de la Estafeta y, por Tejería, concluía en el Baluarte de Labrit, en cuyas inmediaciones se encontraba la judería, continuando luego por la muralla exterior, lo mismo que en la actualidad, hasta alcanzar el punto inicial. El Burgo tenía su muralla, que, desde las inmediaciones del hospital civil viejo, subía, frontera a la de la Ciudad, por la cuesta de Santo Domingo hasta el borde del mismo Chapitel, torcía luego por la calle Nueva hasta la Taconera y, formando allí un recodo, continuaba por San Lorenzo, Recoletas y plazuela de la O, también hasta la muralla exterior. Por último, la Población de San Nicolás quedaba delimitada por un sistema defensivo que, comenzando junto al citado Chapitel, corría por entre la plaza del Castillo y las calles de Pozoblanco y de Comedias, torciendo, poco antes del final de ésta, hacia el paseo de Sarasate e iglesia de San Nicolás, y desde aquí por las calles de San Miguel y San Gregorio, llegaba frente a la Taconera, formaba un lienzo de la muralla exterior y volvía luego al punto de partida.

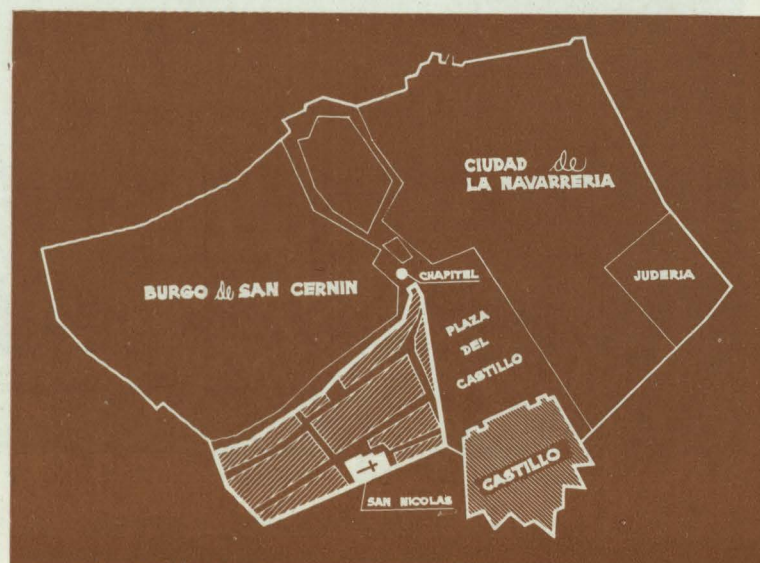
Burgo de San Cernín.



como prueban los abundantes hallazgos numismáticos ya citados en sus *Anales* por el Padre Moret, quien incluso reproduce las monedas, aunque suponiéndolas equivocadamente fenicias.

II

Pamplona romana.—Así las cosas, la sublevación de Sertorio contra Roma, en el siglo I, antes de Jesucristo, tuvo como consecuencia la venida a nuestra Patria, para combatirle, de Cneo Pompeyo, general victorioso en quien el Senado había depositado toda

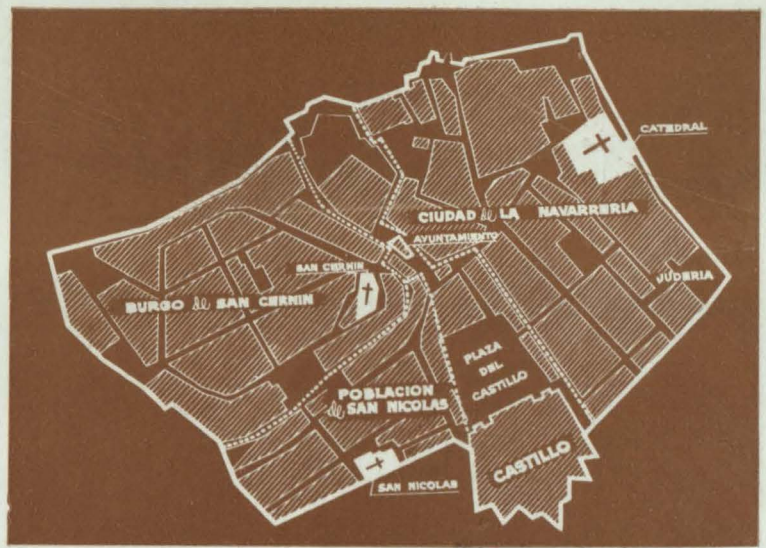


Población de San Nicolás.

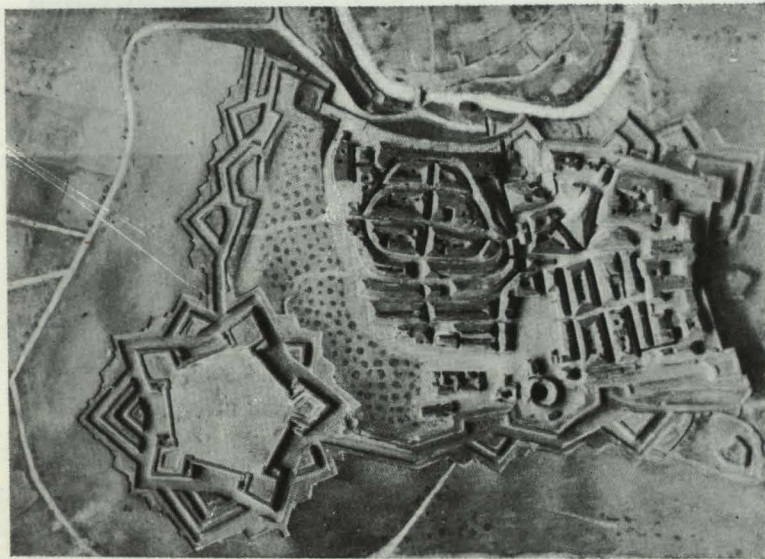
su confianza. Dándose cuenta Pompeyo del enorme valor estratégico que tenía aquel poblado ibérico—a caballo sobre la ruta de las Galias por donde habían de llegarle abastecimientos y refuerzos y dominando también el camino de Osca (Huesca), principal baluarte de la rebelión sertoriana—, decidió aprovechar esta posición «llave», estableciendo aquí su campamento de invierno el año 75, antes de nuestra Era. Quedó convertida así Bascunes en Castra Pompelonsis, o campamento pompeyano, superponiéndose al núcleo trivial indígena una organización urbana latina, que más adelante había de llegar a ser un próspero municipio romano, la Pompeyópolis a que se re-

fiere Estrabón, «como si dijésemos la ciudad de Pompeyo».

Establecida la urbe en una colina de fácil defensa, punto menos que inaccesible por dos de sus lados, en su cima, en el mismo lugar en que hoy se alza la catedral, estuvo emplazado el Capitolio romano. Numerosos son los hallazgos arqueológicos que en esta parte primigenia de la ciudad se han llevado a cabo, consistentes en fustes y capiteles, mosaicos, estatuas, torsos, monedas y vasijas, que prueban la categoría y opulencia de la ciudad en la época romana. La misma toponimia urbana conserva aún recuerdos de tan lejanos tiempos, y así la calle de la Curia, por la



Pamplona después del privilegio de la Unión.

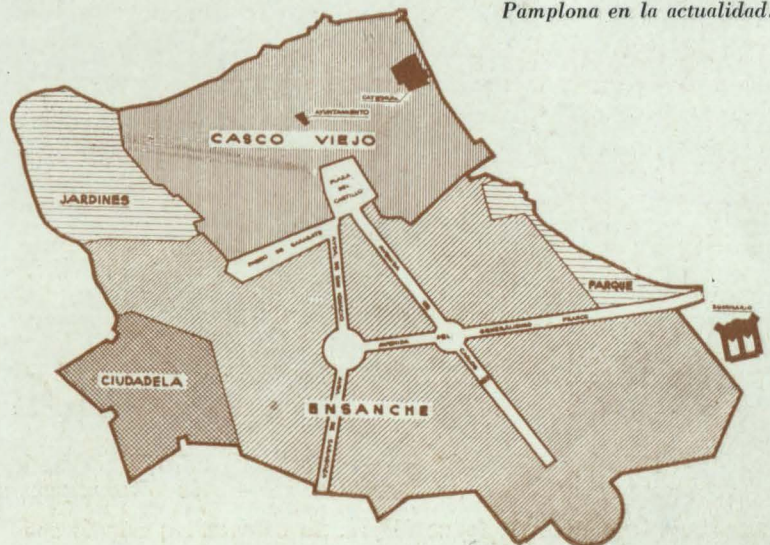


Maqueta de Pamplona en fase intermedia.

Gráfico a distinta escala de tres etapas del crecimiento de Pamplona. Ciudad medieval, dividida en barrios. El burgo de San Cernín muestra claramente su paseo de ronda. La ciudad amurallada, con su ciudadela de estilo renacentista, ocupando el flanco vulnerable opuesto a la depresión que bordea el río Arga. Próxima a la ciudadela se observa la zona verde, hoy reducida al parque de la Taconera. La muralla entre la ciudadela y el río, que constituye el lado sur del cuadrilátero, desaparece, y se inicia con ello el ensanche que lleva la ciudad, en unos cuarenta años, a triplicar su perímetro.

que se asciende a la acrópolis pampilonense, no hace referencia a la curia eclesiástica, como comúnmente se cree, sino a la curia romana. Y si la inmediata calle de la Mañueta se llamó antes de la Bañueta o «Rúa de los Baños», como consta en viejos documentos, no serían éstos sino las consabidas termas romanas. Al llevar a cabo derribos y obras de reforma en el viejo caserío, no es raro queden al descubierto fragmentos de cimentación de la muralla romana, lo que nos permite conocer, siquiera sea aproximadamente, el *pomerio* o recinto de Pompeyópolis o Pompeión, como se le llamó más tarde. Un mosaico que se conserva en el Museo de la Cámara de Comptos

Pamplona en la actualidad.





Plano francés de la ciudad de Pamplona, en el siglo XVIII.



Fotografía aérea tomada en 1929, mostrando el ensanche hasta la antigua carretera de Francia, hoy paseo del general Franco.

nos representa dicha muralla defendida por altas y robustas torres, cuyas medidas providencialmente conocemos con exactitud. La imagen del mosaico concuerda con la descripción que se hace en un documento interesantísimo, «De Laude Pampilonis Epístola», alabanza a Pamplona que acompaña a la carta de felicitación dirigida por el Emperador Honorio a la milicia pamplonesa por haber defendido los pasos del Pirineo contra las oleadas invasoras de los pueblos bárbaros en los primeros años del siglo v. Por esta epístola sabemos que en

una longitud de mil *diestras*, ceñía a Pamplona una robustísima muralla de 63 pies de espesor por 84 de altura, jalonada y defendida nada menos que por 67 potentes torres.

III

Los malos tiempos.—Este aspecto de ciudad amurallada, típico de los inseguros tiempos del Bajo Imperio, debió per-



durar durante la dominación visigoda, cuando los monarcas toledanos luchaban en vano contra los vascones, sempiternos rebeldes de todos los reyes (aseguran las crónicas, que *domuit vascones*, domó a los vascones), y cuando éstos asediaban con frecuencia a Pamplona enclavada *inter inimicas et bárbaras gentes*.

Más adelante, en los tiempos turbulentos y oscuros de la conquista musulmana y de las ingerencias francas en España, Pamplona pasó por momentos muy difíciles, que pusieron en grave riesgo incluso su propia existencia. Según afirman diversos autores y cronistas, los árabes, los francos y aun los navegantes normandos tomaron y saquearon la ciudad, nada menos que ocho veces en el espacio de dos siglos. Y cuando en el año 768 regresaba Carlomagno de Zaragoza en su aventura hispánica, que tuvo como desastroso epílogo la jornada de Roncesvalles, dismanteló a su paso por Pamplona las fortificaciones —que aun serían las romanas—, dejándola a merced de las devastadoras *aceifas* sarracenas. Mucho sufrió con éstas la ciudad, especialmente a consecuencia de la expedición que el año 921 llevó a cabo contra ella Abderrahman III, de la que quedó totalmente arrasada. Entre unas y otras calamidades, Pamplona se fué despoblando gradualmente, y tal era su estado de indefensión que los primeros reyes de Navarra se vieron obligados a trasladar el centro político de su reino y con él la catedral, al monasterio de San Salvador, en las asperezas de la sierra de Leyre, con lo que la ya menguada ciudad decayó todavía más.

IV

La repoblación.—En situación tan desesperada, al permitir la caída del Califato de Córdoba a las mo-



Fachada del Ayuntamiento. Edificio que sin resistir una crítica formal, por su misma extravagancia, constituye una de las perspectivas más características del casco viejo de la ciudad.

Fachada principal de la catedral, debida, como se sabe, a un magnífico proyecto de Ventura Rodríguez. Realidad un tanto malograda por la calidad de la piedra empleada. Y que suscita un problema local palpitante hoy día. Allí donde tampoco el ladrillo, muy apagado o de color excesivamente vivo, no aporta solución satisfactoria. Tal vez por esto Pamplona sea uno de los pocos lugares donde se haya ensayado el hormigón visto. La calidad del material, si como fin en arquitectura es solución de pocos arrestos, como medio es indispensable. Estos comentarios adquieren todo su valor, juzgando el caso desde Madrid, a quien Dios quiso dotar de materiales de verdadera excepción.

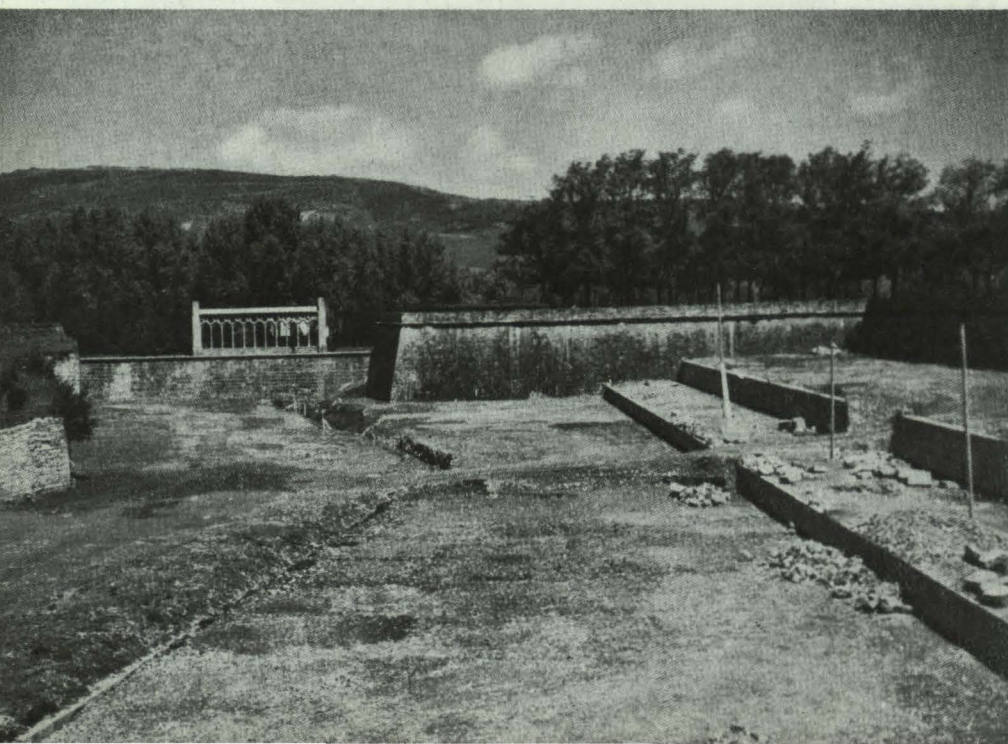
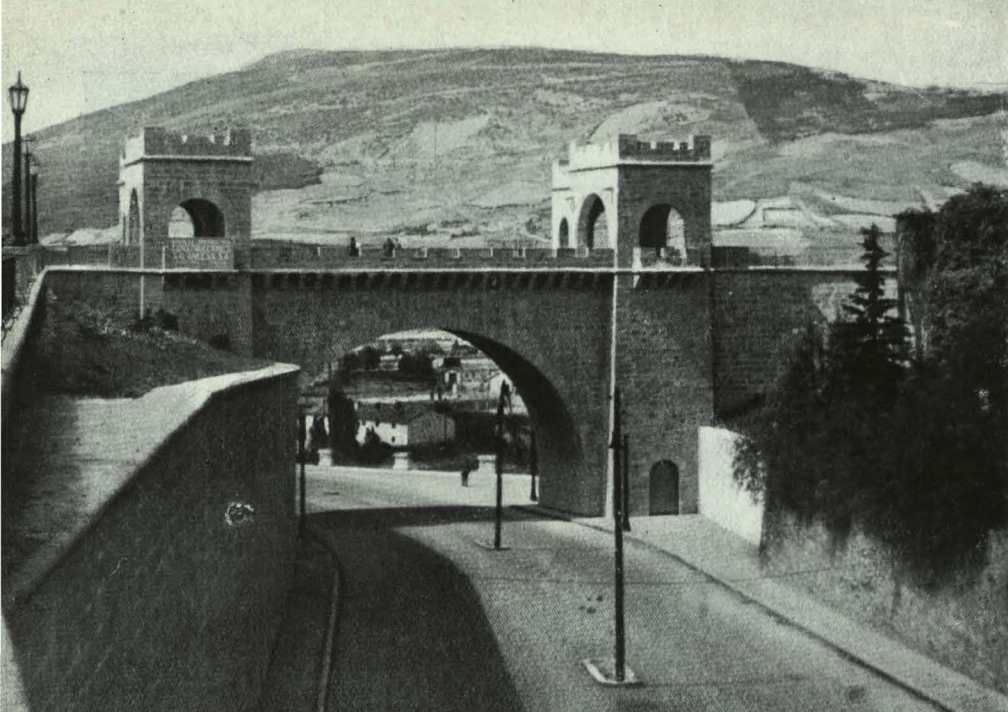
narquías cristianas un respiro primero y un avance reconquistador después, trajo como consecuencia el que se volviese en Navarra a la capitalidad lógica y tradicional que era, es y será siempre la de Pamplona. Sancho III el Mayor, rey urbanógeno, fundador también de Palencia en el reino de León, decidió restaurar la milenaria ciudad de Pompeyo (que entonces se conocía también con el nombre vasco de Iruña, de difícil etimología) y la sacó de su marasmo, promulgando el año 1023 su famoso *Privilegium Regale simul et Pontificale*, tan citado, por el que reintegraba a Pamplona la catedral y con ella la corte. Sancho el Mayor repobló la desmedrada ciudad con gentes que atrajo de la comarca de su reino llamada en aquel tiempo Navarra —la actual tierra de Estella—, que se establecieron en lo que quedaba de la antigua *civitas* romana. Ambas circunstancias, la de ser *navarros* y vivir en la *ciudad*, determinaron el que la urbe que resurgía tomase el nombre de *Ciudad de la Navarrería*, con el que se le denominó siempre en adelante, para diferenciarla de otros núcleos posteriores. Y esa ciudad —«*civitas*» romanceada—, al igual que la *City* londinense o la *Cité* parisina, fué el germen que había de originar toda la Pamplona medieval.

Claustro de la catedral, fundada por Carlos III, de Avreux, el Noble. Debido al arte oficial de gusto francés, está considerado como ejemplo del más puro estilo gótico de la Península.

Plaza del Castillo, centro neurálgico y base de composición del enlace entre la vieja ciudad y el ensanche. Ha cambiado muchas veces de fachadas, pero su espacio y forma siguen incólumes. Su punto central, unas veces de acuerdo, otras independiente con los actos que albergó en su seno, algunos de trascendencia nacional, estaría ocupado por el ara de sacrificios, alguna tal vez por el patíbulo, ciertamente después por una fuente y hoy, como se ve, por un quiosco de música.

Fachada de la Diputación Foral. Edificio bien emplazado, sirve de fondo, de perspectiva, al paseo de Sarasate. Ejemplo de arquitectura histórica, donde se hermanan la corrección con un tanto de frialdad característica de todo academicismo norteamericano.





Nuevos barrios.—Un siglo después, otro gran rey de Navarra, que lo era también de Aragón, Alfonso I el Batallador, quiso acrecentar su capital, todavía poco populosa, para lo que fundó un segundo núcleo urbano con colonos francos—ultrapirenaicos—en el año 1129. Concedió el ventajoso Fuero de Jaca y una serie de apreciables privilegios y exenciones a los francos que poblasen en el llano de San Saturnino de Iruña, naciendo entonces el barrio que se conoce con el nombre de Burgo de San Cernín, como estos languedocianos llamaban a San Saturnino, patrón de su Tolosa de Francia y de nuestra Pamplona. Podían los nuevos pobladores hacer mercado en el llano de Barañain, y disfrutaban además del monopolio de abastecimiento a los romeros, que en las peregrinaciones jacobeanas cruzaban entonces numerosos por Pamplona camino de Compostela.

Las dos agrupaciones urbanas, la Ciudad y el Burgo, quedaron separadas por una especie de «tierra de nadie», que, con prohibición expresa de urbanizar, se dejó de intento entre Santa Cecilia, al pie de la Navarrería, y la demarcación señalada a San Cernín. Grandes fueron desde sus comienzos las diferencias en-

Decir murallas de Pamplona es, desde luego, decir algo. Plaza fuerte con Roma, arrastra vida de sitios y asaltos con los árabes, codiciada por castellanos y franceses al ser capital... Francisco I ataca, e Ignacio de Loyola, defensor, cae. Se levantó para ser santo, mientras otros, antes y después, quedaron allí. Hace mucho que estas piedras dejan de ser límite de dos mundos, y yacen hoy fuertes, como largo y sinuoso, de patas estrelladas, dragón abatido. Ceden en su función primitiva, heroica para adquirir el valor subjetivo, preciso, que le hace monumento. Esto es lo que, viendo los actuales moradores de la ciudad, las reconstruyen, las oran y les asignan usos que aseguran su presencia perdurable y su dignidad. Arcos de enlace, como el del Portal Nuevo.

Unos fosos que dejan de ser basureros para convertirse en parques.

En fin, otros que dejan de serlo para albergar el lago artificial de Sarraína.

Al fondo, el casco viejo. En primer término, manzanas de nueva traza. A la izquierda, cuarteles. Por su composición, desordenada y de poco rendimiento, y su inadecuado emplazamiento, estos últimos constituyen el casi único problema urbanístico, no resuelto todavía.



entre los viejos y los nuevos habitantes, pues mientras que los de la Navarrería eran principalmente infanzones, guerreros, clérigos, gente culta, una aristocracia de la pluma y de la espada, se componía la población de San Cernín de artesanos y mercaderes en democrática burguesía. Y el hecho de que en el mismo privilegio fundacional prohibiese el Batallador a los de la Navarrería levantar muro, torre ni fortaleza contra el Burgo, autorizando en cambio a los burgueses a oponerse por la fuerza si así lo intentasen, parece indicar que estos últimos no fueron muy bien recibidos, y que ya desde el comienzo de su estancia en Pamplona existía animosidad por parte de los antiguos pobladores hacia los recién llegados.

Aparte de estos dos barrios, sin que concretamente se conozca en qué fecha, nació un tercero, constituido probablemente por el excedente de población de los antiguos, con caracteres intermedios entre ellos, aunque quizá más afín al Burgo, al que se dió el nombre de Población de San Nicolás.

VI

La Pamplona medieval.—Prescindiendo de otros barrios de menor importancia, como el de San Miguel, muy antiguo, pero que pronto quedó englobado en la Navarrería, son los tres que ya conocemos, la Ciudad, el Burgo y la Población, los elementos que, por una justa posición plenamente autónoma, han de integrar la complicada estructura urbana de Pamplona durante la Baja Edad Media. Cada uno de ellos formaba en sí un todo perfecto, con su gobierno, mesnadas, hacienda, bandera, sellos y representantes en Cortes privados, sin tener de común con los demás otra cosa que una vecindad hostil, dentro cada uno de su particular recinto amurallado. Paulatinamente, los tres barrios fueron creciendo, y ocupando, a despecho de las prohibiciones regias, cada vez mayor espacio del *hinterland* urbano, lo que ocasionó disturbios y rozamientos inevitables. Al llegar a su máximo desarrollo la



Nada de "genialidades", total ausencia de toda emulación provinciana, sino mesura y buen gusto. Es lo primero que se percibe de la avenida de Carlos III, eje del ensanche de Pamplona. A cuyo fondo se divisa la iglesia, monumento a los Caídos, obra del arquitecto señor Yarnoz, hoy en construcción.

Ciudad, el Burgo y la Población, coincidían por uno de sus vértices en la depresión existente entre las tres pequeñas elevaciones, sobre las que se asentaban a semejanza de la Roma de las Siete Colinas. Era esa depresión una especie de foro donde se celebraban los mercados, el *Chapitel* (por eso todavía los nombres de la calle de la Chapitela y calle de Mercaderes), que con frecuencia se convertía en escenario de tumultos y sangrientas reyertas interurbanas. A pesar de su sabiduría oficial fué, en cierto modo, Sancho VI el Sabio quien fomentó tal situación de tirantez al autorizar a los de la Navarrería para que poblasen hasta el límite de San Cernín, contraviniendo ciertamente lo dispuesto por el Batallador, pero contentando en parte a los de la Ciudad, que no podían soportar las condiciones de inferioridad en que aquél les puso frente a los burgueses. Claro que tampoco eran más cordiales las relaciones entre éstos y los de San Nicolás, hasta el punto de que tuvo que intervenir en sus querellas Sancho VII el Fuerte, declarando proindivisa de ambos una plaza sita entre sus términos, probablemente la que hoy llamamos de San Francisco.

VII

Guerras interurbanas.—Dentro de sus particulares muros, aspilleros, torreados y almenados, de los que aun subsisten vestigios fácilmente identificables entre las viejas edificaciones, las casas de aquellos barrios eran como, por lo general, las de toda ciudad en la Edad Media, en su mayor parte de

madera, y de aquí que los frecuentes incendios resultasen de una voracidad devastadora. Por cronistas y documentos sabemos que, en varias ocasiones, barrios enteros fueron pasto de las llamas, unas veces a consecuencia de motines callejeros, como una trifulca habida entre la población femenina de San Cernín y la de la Navarrería o una pelea de chiquillos del mismo San Cernín contra los de San Nicolás, y debido otras a causas tan curiosas como el poco cuidado de un padre que desinsectaba a su hijo dormido, y cuya candela prendió fuego a los cortinajes de la cama, ardiendo su casa y todas las de la población, como consta en un interesante documento del Archivo Municipal.

Tantos y tan peligrosos llegaron a ser los choques entre ciudadanos, burgueses y pobladores, que repetidas veces tuvieron que intervenir los reyes para haber de poner paz entre tan levantisco vecindario, tratando de unificar su capital escindida en interminables querellas. Los ya citados Sancho VI el Sabio y Sancho VII el Fuerte, auxiliado éste por los obispos don Aspárrago y don Ramiro, hicieron grandes esfuerzos para conseguir una concordia, fin para el que trabajó también, según la tradición, San Francisco de Asís, de paso por Pamplona en peregrinación a Santiago (como conmemoran la estatua y plaza dedicadas por la ciudad), con todo lo cual se aplacaron momentáneamente los ánimos, obligando Sancho el Fuerte a los barrios a jurar que guardarían paz en el futuro. Respetando mal que bien esta tregua, se mantuvieron los barrios en relativa tranquilidad durante los reinados de los dos Teobaldos, I y II. Pero el hermano y sucesor de éste,

Enrique II, quizá sobornado por los de la Navarrería, cometió la torpeza de autorizar la disolución de una unión tan trabajosamente lograda, con lo que originó, como era de esperar, terribles males.

Habiéndose mezclado, a la muerte de Enrique II, las cuestiones de política general del Reino y las personales apetencias de los nobles con las seculares rencillas urbanas, determinaron todas estas causas, el año 1276, el estallido de una feroz guerra civil, episodio típicamente medieval, cuyo desarrollo conocemos al detalle por el poema de Anelíer, poeta provenzal, que como soldado vivió y describió aquellos horrores, no terminando la guerra hasta el total arrasamiento de la Navarrería a manos de sus rivales el Burgo y la Población, unidos por una vez contra ella. No concluyeron tampoco con esto las desavenencias, y más tarde fueron los entonces aliados —San Cernín y San Nicolás— los que riñeron, volviendo a producirse incendios y degollinas, saqueos y represalias.

VIII

El Privilegio de la Unión.—La paz definitiva no se logró hasta bien entrado el siglo xv. Carlos III el Noble, el verdadero fundador de la ciudad en el sentido urbano y administrativo actual de la palabra, hizo terminar de una vez y para siempre con la absurda organización tripartita de Pamplona, promulgando el año 1423 su célebre Privilegio de la Unión. Establecía en él, de manera terminante, la fusión de los tres antiguos barrios (la Navarrería se había ya rehecho) en un solo Municipio con un solo alcalde, un solo concejo, una sola hacienda, unas solas armas y un solo pendón, aboliendo todos los privilegios particulares anteriores al de la Unión y reglamentando hasta en sus menores detalles la vida municipal de Pamplona en la nueva era de paz que iba a dar comienzo. Se disponía la construcción de una casa de la Jurería (del Ayuntamiento) y se ordenaba la demolición de todas las fortificaciones interiores, estimulando a que las ansias belicistas de los pamploneses se encaminasen a reforzar la muralla exterior, única que subsistiría, y a aumentar la potencialidad del castillo, situado entre el arranque de la Avenida de Carlos III y el primer tramo de la de San Ignacio, y cuya gran plaza de Armas—la plaza del Castillo—, que sigue siendo todavía la más importante de Pamplona y una de las más hermosas de España, al menos por sus proporciones, separaba a la Ciudad de la Población.

IX

Pamplona en la Edad Moderna.—Una vez así fusionados los barrios no sufrió ya Pamplona, durante la Edad Moderna, modificaciones de importancia fuera del aspecto castrense. El César Carlos V, en continua guerra con Francia, atendió diligentemente a mejorar sus condiciones defensivas, encargán-

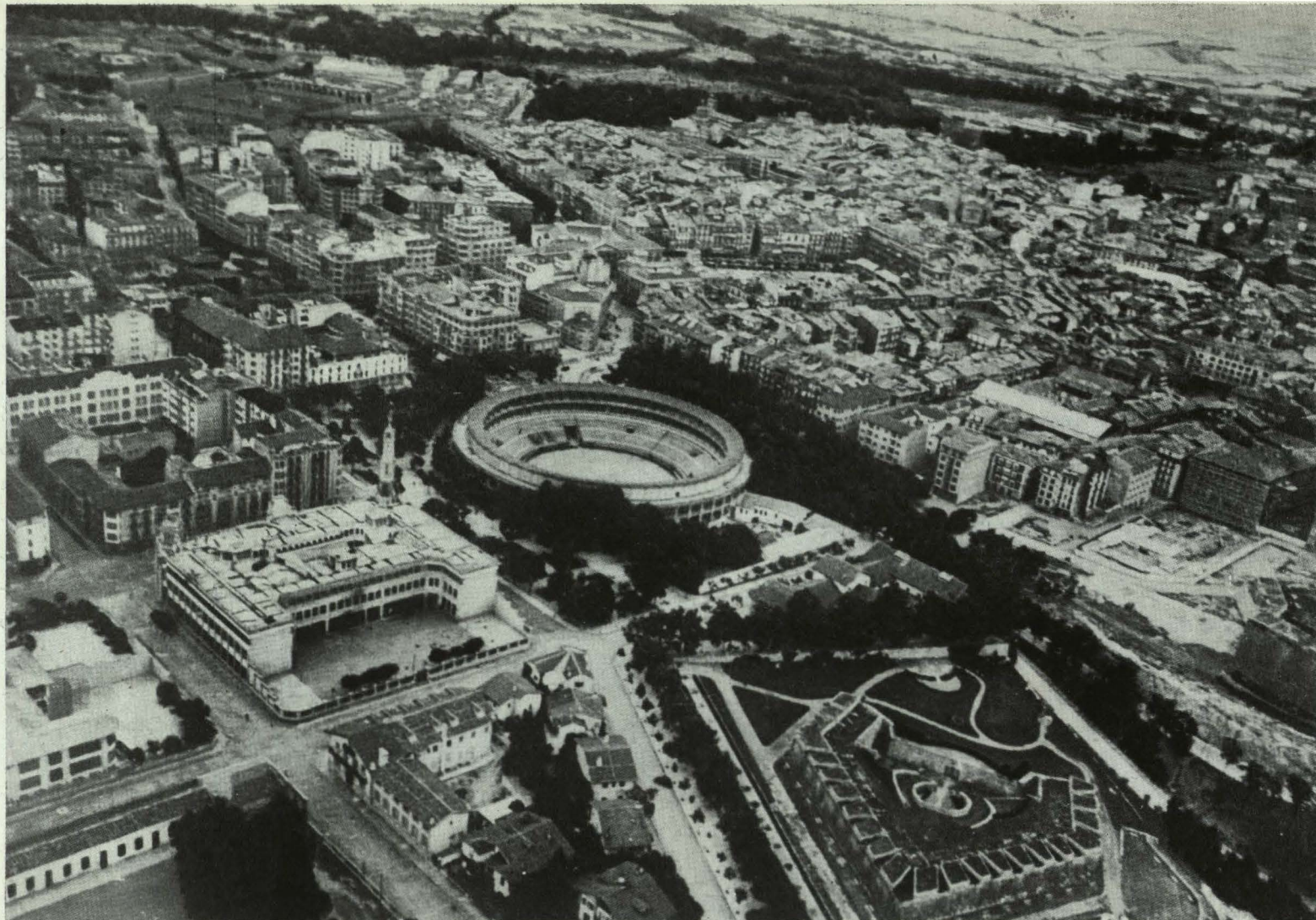
dose durante muchos años de la dirección de las obras el célebre Nicer Juan de Rena, luego Obispo de Pamplona, de cuya actuación se conservan numerosos legajos de documentos en el Archivo General del Reino. Se construyó un nuevo castillo sobre el emplazamiento del anterior, alzándose también murallas más robustas, que en parte se superpusieron a las viejas; nuevos baluartes y algunos portales, cuya filiación pregonan sus dedicatorias y el águila imperial que campea en sus escudos. Más adelante, Felipe II encargó la construcción de una ciudadela en Pamplona, alarde de la técnica ingenieril de la época, a Jorge Paleazzo, quien se inspiró en la de Amberes, dándose comienzo a las obras en el año 1571. Y es extraño que todos los autores que tratan de esta ciudadela repitan una y otra vez que «*pertenece al sistema defensivo llamado de Vauban*», cuando, como es sabido, los primeros ensayos de este célebre poliorcético francés no tuvieron lugar hasta un siglo más tarde. Se construyeron luego nuevos portales barrocos, que aun se conservan, y Pamplona, ceñida por su imponente cinturón defensivo y condenada por su categoría de «plaza fuerte», permaneció estacionaria por espacio de cuatro siglos. Dos eran los núcleos que entonces la componían: el urbano y el militar, la ciudad y la ciudadela, separados ambos por el bosquecillo de la Taconera y ocupando una superficie aproximadamente igual.

Llegó a ser en ocasiones tan absoluta esta separación, que el año 1841, durante el levantamiento moderado del general O'Donnell contra el regente Espartero, fueron los moderados dueños de la ciudadela por espacio de casi un mes, mientras que en la ciudad los progresistas campaban por sus respetos. El criterio de los tiempos imponía además entonces que las edificaciones extramurales fueran deleznales, de madera, como algunos barracones que todavía subsisten, fácilmente incendiables para que no pudiera servirse de ellos el enemigo en caso de asedio. Así, pues, Pamplona no tenía ensanche posible. El carácter militar que sobre ella pesaba desde tiempos de Pompeyo le impedía una expansión que, por otra parte, tampoco reclamaba ningún gran movimiento demográfico.

X

Los ensanches.—Sin embargo, a mediados del siglo xix se inició una primera y tímida etapa constructiva. Los pocos solares que aun quedaban disponibles dentro del recinto de la plaza se urbanizaron, construyéndose entonces el teatro Gayarre, cuya arquitectura neoclásica tanto indignaba a Víctor Hugo; la Diputación, obra del arquitecto Nagusia; la vieja plaza de toros y el edificio del Vínculo. Consumidos estos terrenos, Pamplona se ahogaba sin poderse expandir.

Por fin, el año 1888 se procedió a un primer ensanche de Pamplona, de muy pequeña envergadura, en los terrenos contiguos a la ciudadela, para lo que hubo que amputar



En la página anterior:

Sistema defensivo aislado. Detrás, la nueva plaza de toros en construcción. Más allá, la antigua plaza, que, con el teatro principal de Viana, cierran el lado sur de la plaza del Castillo. A la derecha, el viejo casco; a la izquierda, el campo. Unos años después, el sistema amurallado rodeado de jardines, la plaza de toros terminada; al fondo se percibe la avenida de Carlos III, eje del nuevo ensanche, que arranca de la plaza del Castillo, por el mismo punto que ocupaba la antigua plaza, insuficiente y obstructivista. Como el terreno es plano, la nueva urbanización se lleva a cabo por el sistema cuadrangular, con manzanas de 70 por 70 metros, pero respetando carreteras existentes para constituir variaciones en diagonal. El campo es invadido por el caserío, pero dejando atrás zonas verdes profusamente arboladas. La razón de haber reedificado la plaza en lugar tan próximo al primitivo emplazamiento, es el de no variar el itinerario del indispensable encierro.

lamentablemente a ésta dos de los cinco baluartes que constituían el pentágono estrellado de su planta: el baluarte de la victoria y el de San Antón. Se construyeron entonces el palacio de la Audiencia Territorial, la Alhóndiga, los cuarteles y unas manzanas de casas; pero este primer ensanche, o Ensanche Viejo, resultaba a todas luces insuficiente.

Fué a comienzos de nuestro siglo cuando se hicieron más apremiantes las necesidades de espacio vital, exigiendo perentoriamente soluciones de mayor vuelo. Pareció entonces que el obstáculo insuperable para lograrlas estribaba precisamente en las viejas murallas, a favor de cuyo derribo a ultranza se inició una activa campaña. Y tras largas y laboriosas gestiones con el Ramo de Guerra no se descansó hasta conseguir, en 1914, autorización para derruirlas en parte, causando tal júbilo la firma del decreto, que al conde del Serrallo, entonces ministro de la Guerra, se le nombró en agradecimiento nada menos que Hijo Adoptivo de la Ciudad.

A raíz de la demolición de las murallas, Pamplona, vieja ya de dos milenios, que había sido poblado ibérico, campamento legionario y municipio romano, aquel heterogéneo conglomerado medieval de barrios rivales, luego plaza fuerte ahogada por sus defensas, se asomó tímidamente primero y se desparramó después con insospechada vitalidad expansiva, por lo que durante tanto tiempo se llamó, en un modismo local, *fuera-puertas*. Tal ha sido el desarrollo urbanístico de

Pamplona en estos últimos treinta y cinco años que casi parece mentira el recordar cómo, cuando niños, era para nosotros casi una expedición el salir de paseo hasta la Media Luna, la Cruz Negra o las cocheras de El Irati, parajes todos hoy englobados dentro del casco urbano. El ritmo progresivo de la construcción hizo que pronto quedase rebasada la primera zona de ensanche, y a punto ya de concluirse la segunda, el crecimiento de la ciudad obliga a pensar seriamente en el planteamiento de un Tercer Ensanche de gran estilo.

Lástima fué que en su día se creyese imprescindible para lograr tal resultado el derribo de las murallas, que por su perfecto estado de conservación hubieran hecho de Pamplona una especie de Avila o de Carcasona del siglo XVI, ejemplar quizá único de plaza fuerte de nuestro siglo de oro. Como también es de lamentar el que la realización de sus ensanches no haya sido todo lo perfecta que pudiera. Pero, con ello y con todo, Pamplona es hoy, como decía al principio de estas notas, a la par que una ciudad llena de historia, heredera de viejos recuerdos, una gran ciudad moderna. Y junto a lugares deliciosos, plazuela de San José, calle de Dormitalería o rincón de San Nicolás, encantadores en su sencillez evocadora de otras épocas, contamos con una avenida de Carlos III el Noble o con una plaza del Príncipe de Viana, pongo por caso, que nada tienen que envidiar a las de las más modernas capitales españolas.

Portal Nuevo de acceso a la ciudad, a través de las antiguas murallas reconstruidas.

